



José Martí

Semblanza de un genio

Por: Alfredo M. Escudero

(Tomado del Proólogo de José Martí - *Páginas Desangridas* - 1869 - Buenos Aires)

(QUINTA DE 8 PARTES)

III. - EL ESCRITOR Y LOS GÉNEROS LITERARIOS

Precocidad y abundancia son las características externas fundamentales en Martí escritor.

A sesenta sube el número de volúmenes de sus *Obras completas* en la editorial Trópico (La Habana, 1936-1937, al cuidado de Gonzalo de Quesada y Miranda). Y nuevos investigadores elevarán todavía más esa cantidad.

Entre esas obras hay cartas y versos desde los 15 años, periodismo desde los 16, un drama poético a los 16 y un ensayo político a los 18.

Y su dedicación al trabajo literario es tan constante, que, a pesar de haber vivido sólo 42 años, le dará derecho a contarse entre los escritores americanos de obra más copiosa.

Sin embargo, fuera de sus versos, no tiene obras orgánicas. Preocupado ante todo de la patria, no tuvo tiempo de dejar en prosa algo digno de su nombre y que no fuera fragmentario.

El periodista y el ensayista

Sus artículos, crónicas y ensayos periodísticos constituyen -dice Iduarte- "alrededor de las cuatro quintas partes de su obra impresa".

Comenzó a los 16 años, enero de 1869, en *El Diablo Cojuelo*.

Y fue editorialista, cronista parlamentario y teatral, crítico de arte, crítico literario, comentarista de asuntos de actualidad.

De entre los periódicos en que colaboró de los que fue redactor, mencionaremos por orden cronológico especialmente *La Revista Universal*, México (1875); *The Hour*, Nueva York (1880); *The Sun*, Nueva York (1881); *La Revista Venezolana*, Caracas (1881); *La Opinión Nacional*, Caracas (1881); *La Nación*, Buenos Aires (1882); *La Pluma*, Bogotá; *El Partido Liberal*, México; *La América*, Nueva York (1883); *El Economista Americano*, Nueva York (1887); *El Avisador Cubano*, Nueva York (1888); *La Edad de Oro*, Nueva York (1889); *La Revista Ilustrada*, Nueva York (1891); *Patria*, Nueva York (1892); y *La Revista Azul*, México (1894).

De ellos, llegó a dirigir *La América*, y fundó y dirigió *La Revista Venezolana*, *La Edad de Oro* y *Patria*.

Sin embargo, su participación periodística más trascendental acaso sea la de *La Opinión Nacional* de Caracas, que inicia (1881) su difusión en Hispanoamérica: *La Nación* de Buenos Aires, que populariza su firma y donde colabora muchos años, desde 1882; y *Patria*, que acapara su atención desde 1892 hasta su muerte.

Fue un periodista documentado y empleaba

una prosa gallarda y aun poética hasta en los trabajos de tema financiero.

Confirió categoría al oficio de periodista: "La prensa no es aprobación bondadosa o ira insultante; es proposición, estudio examen y consejo".

Y a pesar de lo fundamentalmente fragmentario del género, hay en la mayoría de sus trabajos un hilo conductor que le permite decir en 1882 a B. Mitre y Vedia:

"Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer los artículos de diario como si fueran libros".

De ahí el que muchos de sus artículos puedan ubicarse dentro del ensayo, hecho muy de acuerdo con su calidad de pensador vigoroso y rico de ideas. Aunque don Miguel de Unamuno prefería llamarlo "sentidor". no pensador.

El orador

Martí hizo de la oratoria una de sus grandes armas de acción. Y para muchos de sus contemporáneos fue orador ante todo.

En diversos pasajes de sus obras se refiere a la elocuencia:

"No hablaba Bolívar a grandes períodos, sino a sacudidas. De un vuelo de frase inmortalizaba a un hombre; de un tajo de su palabra hendía a un despota. No parecían sus discursos collares de rosas, sino haces de ráfagas".

Y a propósito de Wendell Phillips:

"No sería más hermoso el espectáculo que el que encubre el pecho de un orador honrado cuando la indignación, la indignación fecunda y pura, desata el mar dormido, y lo echa en olas roncas, espumas crespas, ríos anchurosos, gotas duras y frías, sobre los malvados y los ruines".

Respecto a Martí mismo, lástima que fuera Vargas Vila el que lo dijera (José Martí, apóstol libertador, París, 1938, ps. 23-24) pero dijo así:

"La tribuna transfiguraba a Martí... Al poner los pies en ella, se agigantaba... Aquel hombre febril y encorvado se erguía recto como una flecha... La sonrisa desaparecía de sus labios, la expresión de su boca no se hacia mala, pero adquiría un rictus de severidad, que hacia de sus labios indignados el canal natural al torrente de sus palabras... el brazo derecho llevado atrás, colocado sobre los riñones, como si ocultara el carcaj repleto de sus flechas..., la izquierda levantada, como si fuera a clavar en tierra una bandera, o como si trazara en vuelo sus

metáforas, que eran como acciones en el mar... La extendía luego hacia adelante, como si marcase el camino de la victoria a las huestes invisibles".

Y Luis G. Urbina ya lo había recordado como sigue:

"Todos estaban allí, pero ¡cosa extraña!, callados, inmóviles, atentísimos. Y entonces fue cuando, acercándose, empezé a oír una voz, y luego una palabra, y luego un final de discurso. La voz salía del centro del grupo; yo no alcanzaba a ver a la persona que hablaba; una voz de barítono atenuado, una linda voz cálida y emotiva, que parecía salir del corazón, sin pasar por los labios, y así, entrar en nuestra alma, por milagro del sentimiento. Las palabras eran finas, nuevas, musicales, y armónicamente dispuestas, como gemas combinadas en el broche deslumbrante de un joyel. El discurso analizaba la estatua; ponderaba la ejecución; comentaba la actitud; ensalzaba la generosidad del héroe y la interpretación del artista.

Yo no oía; escuchaba, sentía, en un recogimiento pleno de elevación. ¿Quién derramaba así caudal tan espontáneo de elocuencia, vena tan rica de pasión y de fantasía? ¿Quién estaba improvisando arenga tan fastuosa, de sonoridades de clarín y de vuelos de bandera desplegada? Mi admiración corría pareja con mi turbación.

Aquel orador me era desconocido. Su acento, ligeramente costeño, resultaba para mí un enigma. Cuando terminó, un aplauso unánime y un grito de entusiasmo desahogaron las emociones; se abrió el grupo y dio paso a un hombre pálido, nervioso, de cabello oscuro y lacio, de bigote espeso bajo la nariz apolínea, de frente muy ancha, ancha como un horizonte, de pequeños y hundidos ojos, muy fulgurantes, de fulgor sideral. Sonreía, ¡qué infantil y luminosa sonrisa! Me pareció que un halo eléctrico lo rodeaba. Venía hablando todavía, como si el sonoro río del discurso se hubiese convertido en murmurador arroyuelo de palique. Mis amigos me vieron y corrieron a mí, agitando los brazos:

-¡Ven ven! - exclamaron-. ¡Es José Martí!.

(Continuará)

